



Alexander Skutch: ¿el último gran naturalista?

Luko Hilje¹

Introducción

Acometer el estudio de la personalidad y el legado del Dr. Alexander Skutch no es una labor sencilla. Y esto es así no solo por su versatilidad profesional y vocacional, sino también porque su obra es extraordinariamente amplia y diversa.

Al respecto, su traductor y amigo Raúl Elvir se preguntaba en la Introducción de *La finca de un naturalista* (Skutch 1985): “¿Cómo definir la obra de Skutch? ¿Se trata de un naturalista, de un escritor, de un filósofo, de un poeta, de un hombre de ciencia, de un viajero? Probablemente sea eso y algo más”. Su biógrafo Carlos Luis Abarca, al contabilizar sus aportes en el libro *Alexander Skutch: la voz de la naturaleza* (2004), los segrega y analiza en dos capítulos claramente deslindados: uno como naturalista, científico y conservacionista, y el otro como filósofo. Asimismo, en un libro aparecido de manera casi simultánea a su muerte (Lewis 2004), se recopilan varios de sus textos, y se les organiza en las categorías de naturalista, ornitólogo y filósofo.

Por mi parte, no tengo la formación profesional (como botánico, ornitólogo o filósofo) necesaria para ponderar con propiedad sus mayores aportes. Pero, como biólogo, me he empeñado en divulgar su personalidad y su obra en varios artículos de prensa (Hilje 2000, 2001, 2004a, 2004b), así como mediante una entrevista incluida en nuestro libro *Los viejos y los árboles*, de la cual hay numerosas citas en el presente artículo, por ser tan amplia y rica. Siempre quise remarcar ante la comunidad nacional que teníamos entre nosotros a un ser excepcional, a quien nunca valoramos suficientemente, y de quien deseo resaltar en este artícu-

lo ciertas facetas muy llamativas que, de alguna manera, lo convierten en un notable modelo de científico y de ser humano.

El biólogo filósofo

La formación original de Skutch fue la botánica, y por eso vino a América Central a estudiar la anatomía de la hoja de banano para su tesis de doctorado, con el apoyo de la United Fruit Company. No obstante, durante una estadía en Panamá se dejó cautivar por las aves, por las cuales había sentido cierta atracción en su juventud. Esta decisión marcaría de manera determinante no solo su vida como científico —sus mayores aportes corresponden al campo de la ornitología—, sino también como sociobiólogo y filósofo, al estudiar animales y no plantas. Como ornitólogo fue una reconocida autoridad mundial, de lo cual dan fe unos 25 libros, entre los que figura la célebre *Guía de aves de Costa Rica* (escrita con Gary Stiles), así como más de cien artículos en revistas científicas periódicas. Lamentablemente, muy pocos de sus libros (Skutch 1984, 1985, 1991, 1997, 2000, 2001, Stiles y Skutch 1995) han sido traducidos al español.

En efecto, los prolijos estudios de campo de Skutch sobre la historia natural de las aves —en medio de incontables dificultades y peligros en nuestras montañas— representan un valioso aporte a la sociobiología, definida y popularizada por el entomólogo y etólogo Edward O. Wilson como “el estudio sistemático de las bases biológicas de todo comportamiento social” (Wilson 1980), en medio de una candente polémica que no es del caso resaltar aquí.

¹ Departamento de Agricultura y Agroforestería, CATIE. Turrialba, Costa Rica. lhilje@catie.ac.cr

Pero Skutch va más allá, pues trasciende lo socio-biológico —con todo y su valor intrínseco y su potencial para extrapolarlo y así entender mejor algunos aspectos del comportamiento humano— y se adentra en el mundo de la filosofía, donde los valores y la ética representan los ejes cardinales de su visión. En sus propias palabras:

“yo buscaba una filosofía de la vida que me pareciera adecuada y no encontraba una que me diera satisfacción. Después de mucho pensar, me parece que el punto de vista más alentador que podemos tener de este universo es hacer el esfuerzo, tratar de hacer algo, de hacer reales los valores que encerraba, que estaban escondidos. Durante millones y millones de años esos esfuerzos se han desarrollado para hacer más actuales los valores altos, espirituales, estéticos y morales” (Hilje *et al.* 2002).

En cuanto a sus inquietudes filosóficas, indica que, antes de llegar,

“tal vez tenía apenas las semillas, pero se desarrollaron aquí en Costa Rica, especialmente en esta finca, pues contaba con más tiempo de pensar en esas cosas, con los largos inviernos que tenemos”. Y agrega: “me interesaba la filosofía cuando era muy joven. Cuando entré al colegio ya había leído a Bergson, Spinoza y Spencer, especialmente los *First principles* de Herbert Spencer. De todos los filósofos es tal vez el que más ha influido en mi vida. Mi filosofía es en algunos aspectos muy parecida a la de Spencer, pero yo he pensado más en valores” (Hilje *et al.* 2002).

En síntesis, en virtud de sus ideas originales, el biólogo Skutch también es reconocido como un filósofo en nuestro medio, como lo atestigua su inclusión en el libro *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica* (Láscaris 1983), además del número especial —hoy convertido en libro— de la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, titulado *Fundamentos morales. Una introducción a la ética* (Skutch 2000).

El naturalista residente

La mayoría de los naturalistas o cronistas que exploraron los trópicos —cuyos mayores representantes para nuestro continente son Charles Darwin, Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, secundados por otros como Gonzalo Fernández de Oviedo, José Celestino Mutis y Martín Sessé— fueron itinerantes, y varios de ellos vinieron en expediciones vinculadas con las necesidades expansivas de los países imperiales que representaban. Pero, a diferencia de ellos y de otros naturalistas llegados a nuestro país en diferentes épocas, Skutch fue más bien de espíritu sedentario, aunque pertinaz e incansable en sus agotadoras faenas de campo. Quizás el hecho de ser un naturalista residente explique, aunque no justifique, que en un valioso recuento histórico del desarrollo de la biología de campo en el país (Gómez y Savage 1983) se omitiera su nombre.



Casona del Dr. Skutch, inmersa en la vegetación de Los Cusingos. Nótese el techo del estudio (al fondo, a la derecha) desde donde produjo su vasta obra científica (Foto: Enrique Ramírez Guier).

Nacido en Baltimore, Maryland, el 20 de mayo de 1904, nunca salió de su estado para estudiar, y ni siquiera para su doctorado, obtenido en la Universidad Johns Hopkins. Ahí, fue a través de su mentor, el Dr. Duncan Johnson, que tuvo la oportunidad de venir a América Central (Abarca 2004). Tras el doctorado volvió a Panamá por un período corto, y después visitó Inglaterra y Alemania, viajó a Honduras (gracias al

apoyo de la United Fruit Company, de nuevo), y permaneció un tiempo en la Universidad de Cornell, en Nueva York.

Sin embargo, además de que era la época de la gran depresión económica mundial y costaba conseguir empleo, nada lo satisfacía a plenitud profesionalmente, por lo que con 28 años de edad y unos pocos ahorros decidió venirse para Guatemala (donde quería permanecer, pero le negaron la visa) y, tras breves viajes por el istmo centroamericano y Ecuador, instalarse en Costa Rica para siempre. Con excepción de una estadía de año y medio en Sarapiquí, para estudiar los hábitos del quetzal (*Pharomachrus mocinno*), así como de una expedición científica de seis meses a América del Sur, vivió siempre en el Valle de El General.

Para ganarse la vida, recolectaba y vendía especímenes botánicos gracias a contratos con varios museos de los EUA y Europa, lo cual aprovechaba para localizar y observar las aves en sus nidos. Tan productiva fue su labor que descubrió muchas especies nuevas y, cuando fueron descritas por los taxónomos botánicos, a al menos 43 de ellas se les asignó el epíteto con su nombre, ya fuera como *skutchii* o como *alexandri*. Ejemplos de ellas son *Quercus skutchii* y *Solanum alexandri*.

Sería la expedición a América del Sur, en 1940, en la búsqueda de fuentes de caucho, la que le permitió ahorrar y completar el dinero para comprar la finca Los Cusingos (nombre local del tucán *Pteroglossus frantzii*), en la cual moraría el resto de su vida y donde hoy reposan sus restos (sepultados en una sencilla tumba al lado de su estudio el 14 de mayo de 2004). Dicha expedición fue parte de la respuesta del gobierno de los EUA al hecho de que las mayores plantaciones del mundo estaban en el sureste de Asia, y durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses habían sitiado el Pacífico, impidiendo el comercio de este producto de inmenso valor estratégico. Curiosamente, los esfuerzos de los EUA culminarían en el establecimiento de la estación experimental denominada La Hulera, en Turrialba, que indirectamente sería la precursora del IICA (hoy CATIE) en dicho cantón (Davis 1996, Hilje 2003).

Establecido desde 1941 en su finca, en el pequeño poblado de Quizarrá, donde vivió solitario y soltero hasta los 46 años, cuando se le unió doña Pamela Lankester (hija del cafetalero y naturalista inglés Charles Lankester), se mantuvo alejado del mundo urbano y

de la vida académica nacional. Especie de escondite rural, donde “si uno solo tiene por compañera a la naturaleza, eso lo acerca mucho a ella. Yo estaba solo, y tenía bastante tiempo para comunicarme con la naturaleza y con mis pensamientos” (Hilje et al. 2002). Años antes había trabajado en el Museo Nacional, pero le aburría el enclaustramiento, por lo que obtuvo un permiso para irse a trabajar al campo por varios meses. Asimismo, unos 20 años después impartió un curso de ornitología en la Universidad de Costa Rica, pero no soportó estar en la capital. Es decir, tenía un espíritu más bien silvestre, lo cual no significa que fuera hosco, montaraz o ermitaño. Cuentan sus vecinos que siempre interactuó con ellos y de manera jovial y, aunque la pareja no llegaría a tener hijos biológicos, adoptó uno, ya adolescente.

Fue desde allí, sin necesidad de emprender intermitentes y prolongadas expediciones, a diferencia de la mayoría de los naturalistas viajeros, que Skutch profundizó en la historia natural de las aves de una sola región —es decir, en las casi 100 hectáreas de Los Cusingos—, a la vez que desplegó un inusitado y colosal esfuerzo de pensamiento, plasmado en sus provocadoras e innovadoras obras filosóficas.

El científico naturalista

En contraposición con algunos naturalistas aficionados que carecían de estudios formales en ciencias, o de otros que tenían una formación enciclopedista, Skutch sí recibió un adiestramiento universitario formal, que lo condujo al doctorado académico. Es, por tanto, un científico convertido en naturalista. Una evidencia irrefutable de esto es la presencia de artículos científicos suyos en revistas del calibre de *Ecology*, *Torreyia*, *Auk*, *Condor* e *Ibis*.

Pero, además, a su calidad de escritor formal, en la que concurren la originalidad y la profundidad, se suma una notable habilidad literaria, mejor expresada en sus textos filosóficos y en su prosa descriptiva de la historia natural de las aves. Sus descripciones de la morfología y los hábitos de estas son sumamente minuciosas, casi fotográficas, lo que las convierte en vívidas representaciones de lo observado.

Y, en su formación humanista, no podía faltar el interés por la literatura. Además de que gustaba de algunos poetas —que cita en varios de sus textos—, se aventuró a escribir varias novelas y hasta un cuento para niños (Abarca 2004). En su novela *Merenda*, un romance juvenil en las montañas de Guatemala, de to-

no autobiográfico y pletórico de descripciones sobre el mundo natural, hay imágenes muy bellas, cargadas de lirismo, que no parecieran surgidas del alma y la mano de un científico convencional.

Asimismo, puesto que en el mundo de las ciencias fácticas se asume que lo cuantitativo es casi el único criterio de verdad, Skutch reivindica el aporte de los naturalistas y destaca el extraordinario valor que pueden tener las observaciones de tipo cualitativo. Con sumo pesar, indica que

“me da lástima ver que la ornitología hoy se ha vuelto muy matemática, con modelos. Para publicar en las principales revistas científicas [...] se necesita conocer mucha matemática y datos, y cuesta mucho leer la mayor parte de las contribuciones. Apenas se pueden leer dos oraciones sin que los autores interrumpen con modelos matemáticos [...]. Me parece necesaria la matemática pero no tanto como se usa en los artículos actualmente” (Hilje *et al.* 2002).

En síntesis, en Skutch convergen, de forma muy amena, los estilos de relato y escritura del científico formal y del naturalista, no solo de manera complementaria sino debidamente deslindadas, según el tipo de publicación y de lectores.



La máquina con la que el Dr. Skutch escribió su obra científica (Foto: Lizbeth Hernández).

El ser frugal, naturista y espiritual

Tuve la fortuna de visitar su casa tres veces, donde fue un verdadero gozo hallar a este hombre de ademanes lentos y mesurados, quien transpiraba bonhomía, sabiduría, armonía y gozo interior. Su indumentaria sencilla

revelaba que prescindía de lo superfluo, para profundizar en las esencias de lo natural, lo humano y lo espiritual. Sin duda que había una inmensa concordancia entre esta forma de ser —como me lo han revelado varios amigos comunes que lo trataron más de cerca— y lo narrado en sus escritos.

Así, en consonancia con su inmersión en el mundo rural y natural, Skutch decidió privarse de ciertas comodidades y bienes, al igual que su paisano Henry David Thoreau (1817-1862), filósofo y naturalista que hiciera de su pequeña cabaña a orillas de laguito de Walden, en Massachusetts, un refugio para estudiar la naturaleza, leer a los clásicos de la literatura griega, latina e inglesa, y filosofar. Por ejemplo, Skutch decidió vivir sin corriente eléctrica —aunque los postes y cables estaban a apenas 400 metros de su casa— para no tener que cortar un reducto de bosque a orillas del río Peñas Blancas. Asimismo, consecuente con una decisión tomada a los 16 años de edad, mantuvo siempre hábitos vegetarianos, lo cual inculcaría a doña Pamela cuando se casaron.

Practicó lo que predicó, con una congruencia absoluta en todas sus actividades. Tan es así que, en contraste con la gran mayoría de los ornitólogos, evitó por completo la muerte, disección y taxidermia de las aves que estudiaba. Al respecto, confiesa que “yo no deseaba atrapar los pájaros. Con excepción de uno que otro gavián que estaba persiguiendo gallinas, no he matado ni un solo pájaro”.

Y se lamentaba de las actuaciones de un colega, así:

“conozco a un hombre que mató cien colibríes con el fin de lograr ciertos datos y obtener un porcentaje. Es un error destruir la naturaleza de ese modo [...]. ¿Qué es más importante? ¿Ver la armonía de la naturaleza con otros seres vivos, lo que yo llamo bondad, o tener datos científicos? Siempre estoy contento con lo que pueda aprender sin dañar a los animales. No deben maltratarse o matarse animales en experimentos: da mucha pena. Solamente en algunos casos, cuando hay una verdadera necesidad” (Hilje *et al.* 2002).

Ampliando sus concepciones, remarca:

“yo no culpo a un agricultor que, para salvar su cosecha, debe matar a los animales que es-

tán destruyéndola. Lo que yo no puedo aguantar son los que matan animales por gusto, por deporte; no lo llamo deporte, lo llamo carnicería nada más [...]. Otro caso más o menos igual: las ratas. No me gusta matar ratas o ratones, pero si uno no los atrapa entran a la casa, destruyen la madera, los libros; me da mucha lástima, pero lo hago” (Hilje *et al.* 2002).

Esta actitud de respeto hacia los animales no solo es un reflejo de su aversión por la sangre —que le perturbó fuertemente desde niño—, sino la interiorización y la afirmación como norma de vida del principio oriental del *ahimsa*, que encarna el respeto absoluto por todas las criaturas vivientes, lo cual aplicó en su vida profesional y personal de manera firme y consecuente. Dicha actitud la resume así:

“yo distingo entre principios de conducta e ideales. El principio es un arreglo de vida que estamos propuestos a seguir sin excepción. Por ejemplo, en mí el ser vegetariano es un principio; no hago excepciones. Por supuesto, tomo leche, como queso y huevos, pero matar animales para comer, no; no me quiero comer ningún animal. Eso es un principio. Mi ideal es vivir en armonía con todos los seres, pero es un ideal que no podemos alcanzar por completo. Un ideal es una meta a la que podemos acercarnos poco a poco, tal vez más y más, pero no alcanzarla” (Hilje *et al.* 2002).

Por su parte, la dimensión espiritual de Skutch no es de tipo religioso, aunque sus inquietudes intelectuales lo condujeron a ahondar en las religiones. Por eso dice que

“cada uno de nosotros, si pensamos, necesitamos una orientación. Nos preguntamos por qué estamos aquí, qué es lo más valioso que podemos hacer con nuestras vidas y todo eso. En algunos aspectos considero que hay muy buenas ideas en las religiones. Pero parece que en las religiones que se llaman mundiales hay demasiados supuestos que hoy no se pueden probar. Esas religiones no ofrecen suficiente evidencia para poder yo aceptarlas” (Hilje *et al.* 2002).

Sobre el concepto de Dios, argumenta que

“nació en la imaginación de las mentes poco cultivadas, que no pueden distinguir muy bien entre lo que está dentro o fuera de sus mentes. Proyectaron sus ideas al mundo exterior para darse una idea de Dios, pero no estudiaron mucho la cuestión de Dios. Mi conclusión es que no sabemos nada respecto a Dios” (Hilje *et al.* 2002).

Sin embargo, es clara su atracción por algunos planteamientos de varias religiones orientales, al indicar que

“de todas las que he estudiado, el animismo es una de las que más me han gustado, especialmente por su apego a la filosofía de no dañar nada si se puede evitar. Por supuesto eso es esencial en el hinduismo y en el budismo también, pero otros aspectos de esas religiones no me gustan tanto. Me gusta el budismo porque es una religión apacible que no quiere dañar nada, que no quiere perseguir a personas que no crean como ellos, pero me parece demasiado negativa, pues procura escapar de los dolores de la vida más que gozar de lo bonito y bello que hay en ella, y esto último me parece muy necesario” (Hilje *et al.* 2002).

El conservacionista

En términos convencionales, Skutch fue un célebre ausente en lo que podría denominarse —a pesar de que lo sigo percibiendo como inorgánico y amorfo— el movimiento conservacionista costarricense. Vale decir, no fue un científico o naturalista que, armado con sus sólidos conocimientos biológicos y ecológicos hiciera denuncias o planteamientos beligerantes, ni tampoco propusiera planes, proyectos o políticas conservacionistas. Aunque era socio del Centro Científico Tropical (CCT), de la Asociación Costarricense para la Conservación de la Naturaleza (ASCONA) y, últimamente, miembro honorario de la Asamblea General del Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio), él mismo reconocía su poca participación en dicho movimiento, y lo explicaba en parte por su desinterés de viajar a la capital,

“tal vez por no salir mucho y no mezclarme con la gente de afuera. Cuando yo llegué aquí, hace más de cincuenta años, San José era una de las ciudades que más me gustaba, tenía tal vez cincuenta o sesenta mil habitantes, pocos carros y aire fresco. Ahora siento horror de ir a San José: tanta contaminación, tanta bulla, tantos delincuentes” (Hilje *et al.* 2002).

Pero, en mi opinión, la razón de no ser un activista en el sentido estricto de la palabra, es mucho más profunda: Skutch tuvo un carácter introvertido y pacífico. En eso contrasta frontalmente con su homólogo Thoreau, quien a pesar de su crónico aislamiento en Walden fue un ideólogo y firme practicante de la desobediencia civil o resistencia pasiva —aquella que tanto Mahatma Gandhi como Martin Luther King llevaron a planos insólitos para beneficio de sus pueblos hindú y negro, respectivamente—, y que incluso le representó sufrir la cárcel. Sin duda, ese carácter, más su aislamiento e indagaciones existenciales, lo llevaron a concebir una idea propia en relación con el conservacionismo, que resumía así:

“si uno quiere ponerlo en un plano fundamentalmente filosófico [...], el hombre hace un aporte importante a la naturaleza con solamente la apreciación. La conservación y la protección, sin la apreciación, no valen mucho, pero la verdadera apreciación siempre incluye la idea de proteger” (Hilje *et al.* 2002).

Este podría ser su mayor aporte al conservacionismo, por cuanto se presta para convertirse en el elemento medular de procesos educativos formales e informales orientados a la valoración de los recursos naturales como verdadera vivencia.

Cabe indicar que una valiosa pero casi desconocida contribución suya al conservacionismo y a la agroecología son sus estudios pioneros sobre los cafetales como refugios y hábitats para aves migratorias durante el invierno en el hemisferio norte. Esto se ha capitalizado acertadamente entre cierto tipo de consumidores de café en los países desarrollados, quienes están dispuestos a pagar precios preferenciales por el café proveniente de cafetales en los que se preservan los árboles de sombra (Perfecto *et al.* 1996). Al respecto, señala:

“Cuando yo llegué aquí había muchos cafetales; en cada finca había un cafetal de cualquier tamaño, con sombra natural, y casi no usaban plaguicidas. Esos cafetales eran muy buenos para los pájaros. Algunos de mis estudios más interesantes los hice en esos cafetales, porque en los árboles más altos, especialmente de guaba y en arbustos de café más altos, no esos bajitos que se usan ahora, anidaban los pájaros. El cafetal era un lugar precioso para estudiar los pájaros; ahora no, casi no tienen sombra, tienen arbustos bajos y muchos plaguicidas” (Hilje *et al.* 2002).

Y, tras destacar que incluso los antiguos cañaverales favorecían a cierta fauna silvestre como sitios de anidación del yerre o gongolona (*Crypturellus soui*), manifiesta su vocación por la agricultura conservacionista:

“Nosotros cada año sembramos una milpa al estilo viejo, como lo hacían los indios, como los primeros agricultores en este valle. Nunca ponemos ni una libra de veneno en las milpas y siempre cosechamos, porque están aisladas de otras milpas por montañas. La pérdida más grande que tenemos es por los ladrones, y segundo por los vientos fuertes; después de eso, si no llegan los monos, tenemos pérdidas que no pasan de un diez por ciento. No tenemos gastos: solo limpiar, sembrar y cosechar” (Hilje *et al.* 2002).

Asimismo, como se indicó previamente, al resaltar su dimensión de biólogo y filósofo, los valores y la ética representan la médula de su cosmovisión, forjada en medio de su entorno natural y aplicada de manera original al campo de la conservación de la naturaleza:

“La ética consiste en proteger [la naturaleza] con los valores que existen. Hay dos actitudes ante la conservación, que son muy diferentes. Algunos creen que lo importante es conservar las especies, y que el individuo no importa mucho. No importa si mato muchos individuos de una especie que es bastante abundante y no está en peligro de extinción. Si la especie está debilitada y tiene pocos ejemplares, matar a uno de ellos es un gran

crimen. Como yo lo veo, es tan importante la vida de un animal si es el último de su especie como si es uno entre un millón. Es ese aspecto de la relación con la naturaleza lo que más me preocupa” (Hilje *et al.* 2002).

Por su parte, en relación con el vínculo entre el humanismo y la conservación de la naturaleza, indica que existen varias concepciones o matices de humanismo. De hecho, convencionalmente se cuenta con las siguientes tres acepciones de dicho término (RAE 2001): “cultivo o conocimiento de las letras humanas”, “movimiento renacentista que propugna el retorno a la cultura grecolatina como medio de restaurar los valores humanos” y “doctrina o actitud vital basada en una concepción integradora de los valores humanos”. Sin embargo, critica fuertemente al humanismo en su relación con la naturaleza, al señalar que

“en general los humanistas no piensan lo suficiente en la naturaleza [...]. Tal vez las religiones, especialmente las de Oriente, van más allá del humanismo: la armonía debe ser con el cosmos, no solo con la humanidad. El humanismo quiere hacer una casa muy cómoda para la gente y dejar a todos los demás afuera, y no me gusta eso” (Hilje *et al.* 2002).

Finalmente, por su riqueza analítica y valor crítico, cabe resaltar algunos planteamientos originales de Skutch en los que se amalgaman de manera coherente sus ideas conservacionistas con conceptos ecológicos y evolutivos firmemente aceptados en el mundo científico y en la academia que, de alguna manera, él coloca en entredicho. Por ejemplo, en contraposición con la armonía o balance natural que los ecólogos resaltan como parte de la maravillosa homeostasis propia de las poblaciones y comunidades naturales, Skutch remarca que

“no hay armonía natural. Hay un balance de la naturaleza que es un balance de desarmonías. Es la violencia guardada dentro de ciertos límites. Debemos hacer grandes esfuerzos para conseguir armonía, pero dentro de la naturaleza no podemos lograr una total armonía. Sí podemos conservar el balance, eso es todo” (Hilje *et al.* 2002).

Y, en cuanto a la competencia, que junto con la depredación son consideradas como las dos grandes fuerzas modeladoras del proceso evolutivo, indica que

“no podemos alcanzar una armonía completa en la naturaleza, con tantos organismos que hacen competencia con otros, se destruyen, se comen [...]. Yo he dicho que la depredación es un mal necesario [...]. Es una lástima que la naturaleza se creó con la depredación y que nosotros no podamos cambiarla” (Hilje *et al.* 2002).

En cambio, aunque los términos se parecen y pudieran confundirse, a diferencia del de armonía él sí cree y postula un concepto original, el de armonización, que cataloga como el principio rector del mundo natural — desde los átomos hasta el sistema solar— e implica la construcción de patrones ascendentemente complejos a partir de elementos sencillos, y lo explica así:

“Por ejemplo, la creación de un átomo es un ejemplo de armonización, porque varios átomos que están sueltos se unen en un patrón estable y un cristal lleva ese movimiento a más alto grado, porque en el cristal muchas moléculas de átomos se unen de una manera armoniosa que es estable y muy linda. Otro ejemplo de la armonización es el crecimiento de una planta verde. Todo es muy sencillo: agua, aire, carbón del aire y sales de la tierra, eso crea un nuevo organismo que es muy complejo” (Hilje *et al.* 2002).

Pero sus percepciones y argumentos van más allá —podría pensarse que incluso de manera atrevida—, al extrapolarlos para explicar el sentido y los mecanismos del proceso de la evolución orgánica, así:

“para mí el curso de la evolución es la armonización [...]. La mutación y selección son apenas formas de dar otros rumbos a la cuestión de la armonización. [...] Para mí la armonización es primaria, prioritaria, el movimiento del contenido del universo para organizarse en patrones más amplios y más integrados. Lo que hace la evolución es que crea otros patrones por medio de las mutaciones, crea otro modo de vida, otra estructura, y ésta tiene que probarse en la lucha por

la vida. Los que se adaptan bien al ambiente y a las situaciones de la vida siguen evolucionando y los demás son exterminados” (Hilje *et al.* 2002).

Esto desemboca en un argumento con rasgos claramente teleológicos —lo cual es tan polémico en la teoría evolutiva—, en el sentido de que hay una direccionalidad u orientación inexorable y positiva en la evolución del mundo natural:

“yo veo en la naturaleza el esfuerzo de subir a mayores alturas, mayores valores; ese es el aspecto más confortable que yo puedo encontrar en la naturaleza, ese movimiento por elevar la vida y el valor de todo. Cuando concordamos con esto podemos conseguir grandes cosas que coinciden con el movimiento principal del universo” (Hilje *et al.* 2002).

Y, aunque él no recurre al concepto de un Dios como supremo hacedor o rector del universo —como se indicó en párrafos previos—, estos argumentos culminan en una visión de gran trascendencia y responsabilidad para la especie humana como tutora de la naturaleza, pero debatida en su dualidad al concitar su capacidades intelectuales —para pensar, apreciar y cuidar— con sus impulsos destructivos:

“solo nosotros estamos esforzándonos mucho para entender la naturaleza y el universo, sus fines, sus propósitos. Me parece que el ser humano es una parte importante de la naturaleza, pero al mismo tiempo es la parte más peligrosa. Tenemos ambas partes unidas. Tenemos que evitar ser ese peligro tan grande para la naturaleza y desarrollar el aspecto espiritual más ampliamente, pues es muy importante para completar la naturaleza” (Hilje *et al.* 2002).

Colofón

Pienso que la caracterización del Dr. Skutch en cada una de estas cinco facetas es útil con propósitos analíticos, aunque se corre el riesgo de fragmentar sus aportes, atentando contra el valor que representan su unicidad, integralidad y completitud, las cuales son su mayor riqueza.

Ahora bien, ¿son discutibles sus planteamientos sobre ecología, evolución y filosofía? Por supuesto, co-

mo todo en ciencia, donde no hay conceptos inmutables. Pero, proviniendo de una mente tan profundamente auscultadora de la naturaleza y de gran conocimiento y dominio de la teoría ecológica y evolutiva moderna, así como estudiosa del pensamiento de numerosos y destacados filósofos, ameritan un estudio y atención cuidadosos. Es decir, sus ideas son profundas y coherentes, maduradas y decantadas por largos años de observación y reflexión inmerso en el mundo silvestre que eligió como morada permanente.

No es mi intención que este texto se convierta en un panegírico, sino más bien en la irrefutable evidencia de que hasta el 12 de mayo de 2004 tuvimos entre nosotros a este ser polifacético, luminoso y bondadoso, pero tan poco conocido y valorado en nuestro medio. Y a apenas una semana de cumplir su centenario, tras un día de actividad normal y lucidez, por la noche su vida se extinguió en su vieja y cálida casona de madera en Los Cusingos, en absoluta paz. Quizás ni siquiera tuvo tiempo de evocar su aserto de que “la muerte es el más importante de todos los males, pero debemos afrontarla con coraje” (Hilje *et al.* 2002) y, menos aún, percatarse de que, como el noble indio Andrés —protector de la encantadora y mágica Merenda— ya entraba a dormir para siempre “un sueño sin ensueños ni problemas, la plenitud y perfección de todo sueño” (Skutch 1997).

Alguna vez, a propósito de Jimmy, un formicárido al cual él bautizó así y del que dijo que “ningún otro pájaro libre llegó a intimar tanto conmigo. Su confianza en mi inocencia alegraba mi corazón” (Skutch 1985), le preguntamos si existiría algún tipo de magnetismo entre los animales y nosotros, a lo cual replicó que “algunas veces he pensado en eso, pero no tengo pruebas. Tal vez hay una comunicación psíquica entre nosotros y la naturaleza, pero es un poco difícil de corroborar” (Hilje *et al.* 2002).

Sin embargo, tras su muerte, las aves a las que todos los días les dejaba frutas en los comederos cerca de su casa no las comieron (Montero 2004). Además, el día de su entierro, su pupilo y amigo Noel Ureña oró para que hubiera algún tipo de manifestación de las aves por la muerte de su amado protector y, cuando el féretro se acercaba a Los Cusingos, en la rama de un árbol a la orilla del camino había un hermosísimo gavián penachudo (*Spizaetus ornatus*) con las alas desplegadas, ave muy difícil de ver en la zona, y por la cual don Alexander sentía un afecto particular.

Independientemente de las interpretaciones de esta “despedida de las aves” (Montero 2004), lo cierto es que con él se fue ese ser también silvestre, no solo incapaz de causar daño a las aves, sino cálido amigo y benefactor de ellas, así como tutor de esas montañas y de todas sus criaturas.

Y con él se fue posiblemente el último gran naturalista del planeta, especie en franco proceso de extinción. Pero en su caso fue mucho más que eso, pues a las ciencias naturales supo sumar sus profundos aportes filosóficos, así como su actitud de genuino y consecuente respeto hacia la naturaleza y hacia los más altos valores de la especie humana. Por eso alguna vez lo describí, creo que con acierto, como “uno de aquellos pocos mansos de espíritu, bienaventurados que merecen los reinos de la tierra y el cosmos, la eternidad” (Hilje et al. 2002).

Literatura citada

- Abarca, CL. 2004. Alexander Skutch: la voz de la naturaleza. Heredia, CR, Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio) y Centro Científico Tropical (CCT). 156 p.
- Davis, W. 1996. One river: explorations and discoveries in the Amazon rainforest. New York, US, Simon & Schuster. 539 p.
- Gómez, LD; Savage, JM. 1983. Searchers of that rich coast: Costa Rican field biology, 1400-1980. In Janzen, DH. ed. Costa Rican natural history. Chicago, US, The University of Chicago Press. p. 1-11.
- Hilje, L. 2000. El sabio Skutch. La Nación, San José, CR, ene. 11:14A.
- _____. 2001. Premio para el Dr. Skutch. Semanario Universidad. San José, CR, jul. 20:19.
- _____; Jiménez, W; Vargas, E. 2002. Alexander Skutch. In Los viejos y los árboles. San José, CR, Editorial Universidad de Costa Rica: Instituto Nacional de Biodiversidad. p. 197-247.
- _____. 2003. El caucho, un hongo y la guerra: los orígenes del CATIE en Turrialba. Manejo Integrado de Plagas y Agroecología 69:1-5.
- _____. 2004a. ¡Feliz centenario, Dr. Skutch! La República, San José, CR, may. 15:15.
- _____. 2004b. Más sobre el Dr. Skutch. La República, San José, CR, set. 14:15.
- Láscaris, C. 1983. Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica. San José, CR, Editorial Studium. p. 301-308.
- Lewis, H. 2004. Alexander Skutch: An appreciation. Mount Jackson, Virginia, EUA, Axios Press. 293 p.
- Montero, RE. 2004. La despedida de las aves. La Nación, San José, CR, may. 23(supl. Ancora):3.
- Perfecto, I; Rice, RA; Greenberg, R; Van der Voort, ME. 1996. Shade coffee: A disappearing refuge for biodiversity. BioScience 46: 598-608.
- RAE (Real Academia Española). 2001. Diccionario de la lengua española. 22 ed. Tomo II. Espasa-Calpe. Madrid, España. 2349 p.
- Skutch, AF. 1984. Aves de Costa Rica. San José, CR, Editorial Costa Rica. 148 p.
- _____. 1985. La finca de un naturalista. San José, CR, Asociación Libro Libre. 466 p.
- _____. 1991. El ascenso de la vida. San José, CR, Editorial Costa Rica. 347 p.
- _____. 1997. Merenda: un romance en las selvas del trópico. San José, CR, Halder Books. 203 p.
- _____. 2000. Fundamentos morales. Una introducción a la ética. Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica 28, 265 p.
- _____. 2001. Un naturalista en Costa Rica. Heredia, CR, Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio) y Centro Científico Tropical (CCT). 480 p.
- Stiles, FG; Skutch, AF. 1995. Guía de aves de Costa Rica. Heredia, CR, Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). 580 p.
- Wilson, EO. 1980. Sociobiology; the abridged edition. Cambridge, MA, US, The Belknap Press of Harvard University Press. 366 p.